

LIBROS | NOVEDADES

De ratones y bibliotecas

La editorial Periférica publica 'El escritor en su paraíso', donde el catedrático Ángel Esteban repasa la vida de treinta grandes escritores que fueron bibliotecarios

ANTONIO BORDÓN

Sin estar probado del todo, a los ratones de biblioteca se les atribuye un saber superior al de sus otros congéneres que habitan en las alcantarillas. Todos hemos leído la historia de Firmin, el más pequeño de una camada de 13 ratones que viven en el sótano de una polvorienta librería de Boston. Firmin se queda siempre sin hueco para alimentarse de la leche de su madre. Así que para sobrevivir, empieza a comerse el papel de los libros que tiene a su alrededor. Poco a poco, Firmin pasa de comerse los libros a leerlos, aunque "la única literatura que no soporto es la de las ratas, incluidos los ratones. Me carga el Rata de *El viento en los sauces*, tan bondadoso y tan bueno. A Mickey Mouse y Stuart Little me dan ganas de mearles en la boca".

Pero no es del ingenioso libro de Sam Savage, *Firmin*, del que les quiero hablar aquí, sino del ensayo de Ángel Esteban *El escritor en su paraíso* (Periférica), donde el catedrático de Literatura Hispanoamericana hace un repaso de la vida de treinta grandes escritores, entre el siglo XVI y el XX, que fueron bibliotecarios, lo que popularmente se conoce como "ratones de biblioteca". El pintor alemán Carl Spitzweg fue el primero que pintó al ratón de biblioteca en su célebre cuadro *Der Bücherwurm* (literalmente *El gusano de biblioteca*), término que se acerca bastante al ratón de biblioteca que todos hemos escuchado alguna vez referido al lector voraz que se pasa el tiempo entre los muros silenciosos de una institución pública.

Podríamos decir, con Borges, que "uno no es por lo que escribe, sino por lo que ha leído". Ni que decir tiene que el escritor argentino, antes de quedarse ciego a los 55 años, no sólo fue un lector ávido sino también un asiduo de las bibliotecas: "Si tuviera que señalar el hecho capital de mi vida, diría la biblioteca de mi padre. En realidad, creo no haber salido nunca de esa biblioteca. Es como si todavía la estuviera viendo... todavía recuerdo con nitidez los grabados en acero de la Chambers's Encyclopaedia y de la Británica". También hay que destacar la gestión de Borges al frente de la Biblioteca Nacional de Argentina, donde desempeñó el cargo de director desde 1955 a 1973. Durante su gestión se promovió la construcción de una nueva sede (la actual), en el barrio porteño de la Recoleta.

Pero no todos, como el autor de *El Aleph*, han tenido acceso ilimitado a los libros. El Premio Nobel ruso Aleksandr Solzhenitsyn, en carcelado durante décadas por cuestionar las bases inmorales y materialistas del sistema soviético tenía que conformarse con los li-

bros que la bibliotecaria del campo de concentración de Lubiánka le suministraba. A veces cumplía con algunos de los encargos que le hacía, "pero incluso cuando trae lo que a ella le parece, siempre se trata de libros interesantes, porque la de la Gran Lubiánka es una biblioteca sin par. Probablemente la juntaron de bibliotecas particulares confiscadas a bibliófilos que ya habían entregado su alma a Dios. Pero era sobre todo singular porque después de décadas de censurar y castrar todas las bibliotecas del país, la Seguridad del Estado se había olvidado de revolver en casa propia".

También el poeta Joseph Brodsky, condenado a trabajos forzados en Siberia (aunque no se le cita en el libro), encontró consuelo en la lectura. Al igual que el escri-

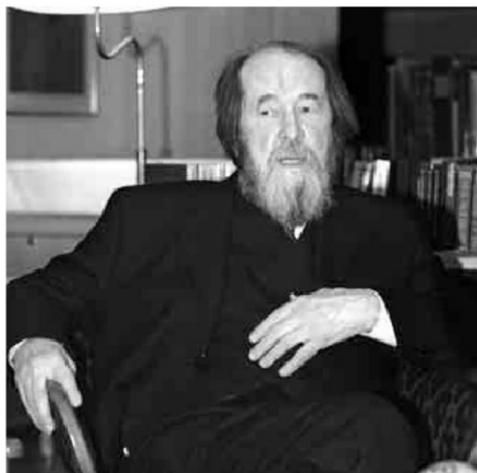


El escritor en su paraíso

Ángel Esteban
Periférica
376 páginas
19,10 euros

tor cubano Reinaldo Arenas, prisionero en las cárceles castristas por su abierta homosexualidad y su resuelta oposición al régimen. Pero su primer contacto con las bibliotecas no fue en la prisión de El Morro, sino en la Biblioteca Nacional, donde trabajó como bibliotecario: "Ese lugar mágico fue decisivo para el aprendizaje literario. Su trabajo consistía en buscar libros que las personas solicitaban, pero no siempre había clientes a los que atender. Por eso, tenía mucho tiempo para leer. Lo mejor eran los días en que debía permanecer en el recinto durante toda la noche, haciendo guardia, porque en esos momentos volvía a aparecer la mano generosa y sabia del azar: cogía un libro cualquiera, desconocido, y lo aprovechaba hasta la última página."

En *El escritor en su paraíso*, Esteban nos ofrece un desfile de bibliófilos compulsivos (Mario Vargas Llosa), dandys (Marcel Proust), llenos de sensualidad (Casanova), perversos (George Bataille), raros (Georges Perec) o simplemente estudiantes (Stephen King) que tienen que costearse los estudios trabajando en la biblioteca de la universidad. El detalle, la viveza de la anécdota, la sencillez con que el autor zaragozano escribe sobre los escritores y las bibliotecas convierten esta obra en un texto imprescindible para quien quiera adentrarse tanto en el mundo de los libros como en aspectos interiores de su ordenamiento y ubicación. Pero lo mejor de *El escritor en su paraíso* es que no lo ha dicho todo sobre el tema, y desde ya aguardamos una continuación, en la que tengan cabida el poeta León Felipe, que trabajó como bibliotecario en Veracruz, antes de ser profesor en varias universidades americanas; Mao Tse-tung, que trabajó como bibliotecario en la Universidad de Pekín, donde leyó a los anarquistas Bakunin y Kropotkin; o Pío XI, que fue bibliotecario antes que Papa. Ahí dejó el guante.



Aleksandr Solzhenitsyn. | LA PROVINCIA / DLP



Jorge Luis Borges. | LA PROVINCIA / DLP



Stephen King. | LA PROVINCIA / DLP



Marcel Proust. | LA PROVINCIA / DLP